

Opinión

EN CARICATURAS

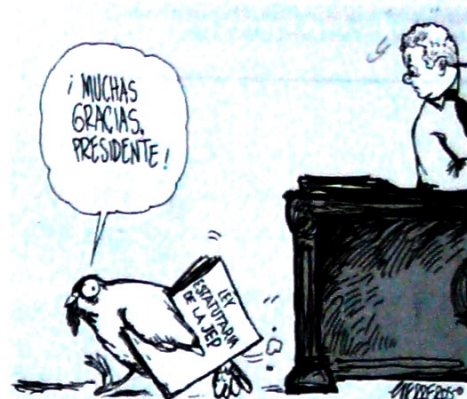
El olfato de Santrich



La milicia del amor



Tras 10 meses firmó Duque



Volatilidad, confusión e incertidumbre

Toca escribir sobre economía. El mundo está muy convulsionado. Hay una buena dosis de incertidumbre respecto al futuro cercano. Además, en Colombia la confusión es muy grande. Tanto que, recientemente, un prestigioso banco internacional, al comentar sobre el riesgo de invertir en deuda colombiana, titulaba su opinión preguntándose si el vaso estaba 'medio lleno o medio vacío'.

Yo soy de los que ven el vaso medio vacío. Aunque dos agencias calificadoras internacionales de riesgo -Moody's y Fitch- dieron un parte de tranquilidad en la tercera semana de mayo con respecto a la percepción de los inversionistas extranjeros sobre Colombia, los indicadores del comportamiento de la economía en el corto plazo son preocupantes.

El producto interno bruto (PIB) se estancó entre el cuarto trimestre de 2018 y el primero de 2019; el desempleo viene en aumento, y se han destruido empleos; el precio internacional del petróleo se descolgó a principios de la semana, y el desbalance externo -medido por el déficit en la cuenta corriente de la balanza de pagos- se ha incrementado peligrosamente.

Es cierto que en la semana hubo buena noticia. Como la del mayor flujo de la inversión extranjera directa en el primer trimestre del año con respecto al mismo período del 2018. O la previsión del Banco Mundial sobre



El vaso 'medio vacío'

Carlos Caballero Argáez

el crecimiento económico colombiano para 2019, 3,5 por ciento. Aunque -me dicen los informados- esa proyección está trasnochada porque no tuvo en cuenta los datos más recientes del Dane. Y es que a estas alturas del año es difícil proyectar que la economía crezca muy por encima de 3 por ciento.

La volatilidad del peso colombiano es otro factor de inquietud. En mayo, la devaluación fue de 4,4 por ciento, pero en los dos primeros días de la semana se corrigió la tendencia. En buena parte por la medida de la junta del Banco de la República, el viernes pasado, de suspender el programa de acumulación de reservas internacionales que venía ejecutando desde octubre del año pasado, **por cuanto el precio internacional del petróleo bajó en cerca de 10 pesos por barril.**

Es difícil proyectar el comportamiento de las variables económicas, sujetas como están al estilo de gobernar del señor Trump.

El presidente de Estados Unidos ya no solo impone aranceles a su antojo a las importaciones de China, sino también a las de México. Castiga a este país por no hacer lo suficiente para detener la migración de centroamericanos a Estados Unidos. Con razón, el editorialista de *Portafolio* se preguntaba qué pasaría si la retaliación fuera contra Colombia por no lograr reducir el flujo de drogas hacia Estados Unidos ('Estamos avisados', 4 de junio de 2019, p. 29).

Los estudiosos del impacto de la elevación de los aranceles gringos sobre los índices económicos llegan a la conclusión de que el peor de los escenarios es la guerra comercial con China, en combinación con un incremento de las tasas de interés en Estados Unidos. De ahí que en los últimos días haya señales de que el Banco de la Reserva Federal, el Fed, va a reducir su tasa de interés en vista de que, en diciembre de 2018, los dos factores en conjunto -el comercial y el monetario- causaron una fuerte caída de las bolsas de valores en ese país. Además, se está corriendo el riesgo de que los chinos liquiden parte de la enorme inversión que mantienen en bonos del Tesoro de Estados Unidos.

En un entorno internacional tan confuso, desordenado e incierto, el manejo de la economía colombiana es mucho más exigente que en cualquier otra coyuntura. Es importante que los déficits -el fiscal y el de la balanza de pagos- no se amplíen y, por sobre todo, evitar el populismo, que tanto agrada a los políticos.



Cosas que pasan

Lucy Nieto de Samper

'Falsos positivos'

La polémica proyección de resultados operacionales del general Nicacio Martínez a los soldados revivió la escandalosa matanza de inocentes llamada 'falsos positivos', resultado de órdenes impartidas por el general Mario Montoya en el gobierno del presidente Álvaro Uribe. La nueva orden militar, filtrada por un periodista gringo al famoso *The New York Times* y publicada por el diario en primera página, originó un escándalo internacional. Con la información divulgada por el periódico gringo, todas las publicaciones colombianas resultaron chiviadas.

De remate, el canciller Carlos Holmes Trujillo organizó una avanzada diplomática para explicar o pedir explicaciones al NYT sobre la explosiva publicación. Y, en vez de ordenar ese trabajo al embajador Francisco Santos, que es periodista, el canciller viajó a Nueva York y se hizo acompañar por los embajadores Guillermo Fernández de Soto, en la ONU; Alejandro Ordóñez, en la OEA, y, obvio, por el embajador en Washington. Tan inesperada y costosa comitiva tuvo que sorprender a la directora del NYT. 'Too much', debió de pensar ella al recibir tan poderosa delegación.

Volviendo a las chiviadas, el caso más delicado fue el de la revista *Semana*. Por ser una publicación nacional que analiza los diarios acontecimientos, porque ha sido siempre la primera en destapar los delitos, los errores, las embarradas, cometidos por el Ejército, como también por los mandatarios nacionales, por los gobernadores, alcaldes, congresistas, industriales, contratistas y demás delincuentes de cuello blanco, la chiviada parecía imposible. No obstante, sucedió. Además, la revista fue acusada por algunos medios de haber engavetado durante tres meses una completa información sobre la cuestionada orden militar.

Pero, en realidad, quien puso a *Semana* en la picota pública fue su colaborador estrella, Daniel Coronell, un periodista brillante, valiente, muy bien dateado y el columnista más leído de esa revista. Fue él quien le dijo a Alejandro Santos, director de *Semana*, que se había equivocado al no publicar una grave información conocida con mucha anticipación. Ante semejante acusación, hecha por un peso pesado del periodismo, Santos comenzó a dar sus explicaciones, pero el columnista no le puso atención. "No puedo aceptar -le dijo- que la revista no hubiera publicado una información tan grave y de tanta trascendencia, conocida tres meses antes."

"A mi juicio -dijo Coronell-, *Semana* emprendió un camino más relacionado con la conveniencia política que con el deber periodístico de dar a conocer un hecho de innegable interés público. Con mucho dolor debo decir que las explicaciones de Alejandro Santos resultan insuficientes. Los lectores tienen derecho a saber si faltó diligencia periodística, si hubo error de criterio o si, en el peor de los casos, *Semana* privilegió su relación con el Gobierno sobre su deber de informar a los ciudadanos". Aunque las observaciones de Coronell, tema de su próxima columna, dejaban a Santos tan mal parado, el director de la revista no vaciló y publicó la columna, como siempre.

Pero cuando Felipe López, uno de los dueños de *Semana*, supo que Coronell tenía muchas más dudas en relación con la seriedad y la honestidad de la revista, lo llamó por teléfono para decirle que, de común acuerdo, lo mejor era ponerle fin a una relación tan poco fluida y plagada de tantas desconfianzas. Coronell cuenta que aceptó terminar su vinculación con *Semana*. Y contó también que enseguida llamó a Alejandro Santos para agradecerle su apoyo mientras fue columnista.

La solidaridad con Coronell es general. Sus lectores de *Semana* lamentamos su ausencia, y para la revista, no contar más con un columnista estrella es una gran pérdida. Creo que tan dolorosos y delicados acontecimientos deben analizarse con cabeza fría y más calma. Un error o una equivocada decisión del director no pueden echar por tierra una tarea y un prestigio ganado a lo largo de 30 años. Reemplazar a Coronell será difícil, pero con más columnistas de peso, no de espectáculo, *Semana* seguirá siendo lo que ha sido.

lucynietods@gmail.com

Un mundo sin fútbol

Fútbol por todos lados. No es solo que más de mil millones de televidentes hayan visto la final del Mundial de Rusia, entre Francia y Croacia, sino que todos los días hay juegos. Ya no tiene sentido preguntarle a alguien qué partido está viendo si la parrilla está inundada con todo tipo de torneos. Yo he contado hasta doce juegos transmitidos, en vivo y en simultánea; una rueda que no para. El fútbol es un negocio que goza de buena salud, y su decadencia parece imposible, pero no es tan descabellado pensar que en algún momento deje de ser el más popular de los deportes. Mira uno, y por todos lados hay escándalos y abusos.

La Fifa y sus asociados producen cada tanto noticias que caben más en las judiciales que en deportes, más allá de que su actual presidente haya dicho recientemente que ya dejó de ser una organización casi criminal, palabras textuales. La verdad, sobraba el "casi", porque veinticuatro horas después era arrestado en París el presidente de la Confederación Africana de Fútbol por diversos cargos de corrupción y sobornos. Y el problema no es el fútbol, algo tan popular porque se puede practicar con piedras como arcos, la calle como cancha y un amarre de bolsas como pelota; el problema es el ser humano, como suele ocurrir en esta vida.

La burbuja es tal que desembolsar hoy 50 millones de euros por un jugador es como comprar gaseosas en la tienda. Y ni hablar de



¿Tienen las horas contadas?

Adolfo Zableh Durán

los sueldos. Un futbolista de primer nivel gana en un año más que lo que cualquier persona en toda su vida. El fútbol mueve fortunas irreales, y nadie pregunta de dónde vienen, no vaya a ser que se nos acabe la fiesta.

No quiero sonar mamerto ni amargado, pero no sé si un mundo enfermo como este aguante una desigualdad más. Mientras hay crímenes y hambre en todos lados, me tocó ver el otro día un partido que no empezaba porque faltaba un banderín de córner. Todo estaba perfecto: la cancha, los uniformes, el balón, los hinchas en las gradas, pero faltaba un palo esquinero y era imposible jugar así. En casos como este, tal nivel de sofisticación parece más bien decadencia.

Y para pagar todo el *show* no solo están los empresarios y los negocios dudosos, sino el dinero de los hinchas, que escudamos nuestros bolsillos sin asco con tal de consumir fútbol. Por eso, el otro día El Campín estaba semivacío, porque para ver un partido de tercera entre Colombia y Pana-

má cobraron las boletas como si fueran a enfrentarse el Brasil del 70 contra la Holanda del 74. Y no solo eso, sino que hay reportes de que dentro del estadio estaban cobrando la gaseosa dos litros a 27.000 pesos. Este caso sirve para que entendamos que, aunque nos guste el fútbol y apoyemos a la selección, no es un bien público ni "el equipo de todos". La Federación Colombiana de Fútbol es una empresa privada con patrocinadores privados, y ellos deciden cómo manejar ese producto llamado selección Colombia. Ya es cuestión nuestra ver si pagamos por él o no.

Las señales del fin están ahí: hay partidos amañados en la Liga española, con las casas de apuestas enriqueciendo el ambiente, al tiempo que las marcas deportivas cobran por la camiseta de un equipo precios impagables. La más reciente final de la Champions presentó precios de reventa de más de dos mil euros por boleta (y, según un informe, una de cada ocho era falsificada). Todo esto sumado a barras bravas que se matan como si en vez de un equipo de fútbol estuviéramos hablando de nuestras mamás.

Y no se trata de hechos aislados ni de unos pocos desadaptados, como suelen decir en los medios de comunicación; es el sistema, que cada vez funciona más así, con la permisividad de los mismos equipos. Quizá nosotros no alcancemos a verlo, pero si esto sigue así, el fútbol como lo conocemos tiene las horas contadas, que es lo mismo que decíamos antes de Castro y hoy afirmamos de Maduro.